

¿CÓMO MURIÓ JESÚS?

Como es de esperarse, la muerte de Jesús constituye el centro del mensaje bíblico acerca de Él. Es uno de los hechos históricos más firmemente establecidos sobre Su existencia. Como ya hemos visto, murió crucificado de manos de Poncio Pilato, ante la insistencia de las autoridades judías. ¿Qué más podemos saber sobre Su muerte? ¿Qué significaba exactamente ser crucificado? Al intentar responder a estas preguntas históricas, obtenemos ayuda de la Biblia misma como también de otras fuentes aparte de ella.

EL HORROR Y EL DOLOR

La película de Mel Gibson del 2004, *La Pasión de Cristo*, representó de una manera viva la brutalidad y la inhumanidad de la muerte por crucifixión. Algunos espectadores se quejaron de la violencia retratada en la película. Como alguien que ha estudiado la crucifixión durante muchos años, mi respuesta fue «¿Qué esperaban?». Supongo que ello demuestra lo poco que realmente entendemos acerca de cómo murió Jesús.

La crucifixión era una forma de tortura y de ejecución que no fue inventada por los romanos, sino que fue «perfeccionado» por los mismos (si es que se puede utilizar este término para un acto tan horrible). Originalmente, consistía en empalar los cadáveres de los enemigos muertos en estacas o postes afilados, dejándolos expuestos a los animales y al clima, como una forma de mostrar tanto la conquista como el desprecio por los vencidos. Más tarde, alguien tuvo la idea de empalar a las personas mientras aún estaban vivas. Los romanos tomaron este método terrible y lo «refinaron» para convertirlo en una muerte prolongada clavando o atando a sus víctimas a postes o cruces, dejándolos morir lenta y agonizantemente.

La muerte por crucifixión por lo general era el resultado de la conmoción que se experimentaba, de una infección secundaria, de la exposición, del

agotamiento o de la asfixia. Nada acerca de la crucifixión en sí causaría una muerte inmediata. Si la víctima era atada a una cruz, entonces no habría herida alguna, a excepción de las que pudieran haber sido causadas por los golpes que a veces (no siempre) precedían a la crucifixión. Incluso, cuando las manos eran clavadas al madero, se realizaba mediante la inserción cuidadosa de un clavo (en realidad era una espiga delgada) entre los huesos de las muñecas. Esto ayudaba a proveer de una estructura ósea que soportara el peso del cuerpo de la víctima mientras estaba en la cruz (las palmas clavadas probablemente no habrían resistido ese peso), y también evitaba la ruptura de cualquier vaso sanguíneo principal que pudiera causar sangrarse hasta morir rápidamente. La víctima era dejada a morir, un proceso que a menudo tomaba varios días.

En el caso de Jesús, sin embargo, la muerte llegó con relativa rapidez (aproximadamente seis horas, según los evangelios). Esto sugiere que Jesús probablemente murió a causa de un paro cardíaco o por una ruptura del corazón, según lo sugerido por Juan 19.34: «Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua». Muchos expertos en medicina concuerdan en que la «sangre y agua» probablemente fueron el resultado de la separación del suero y las partículas sólidas de la sangre después de la muerte de Jesús. Su muerte fue acelerada sin duda por el hecho de que había sido azotado antes de la crucifixión. La flagelación en sí era un proceso horrible. El látigo utilizado consistía de varias tiras de cuero con trozos de hueso, metal o vidrio que eran entretejidos, de modo que la carne se desgarrara con cada latigazo. Algunos escritores antiguos comentaron que en los casos de flagelación severa, los órganos internos de la víctima eran visibles a veces por la espalda. A veces la flagelación por sí sola causaba la muerte.

En el caso de los dos criminales que fueron cru-

cificados con Jesús, el fallecimiento fue consecuencia de la asfixia. Las personas eran crucificadas por lo general con las piernas dobladas por la rodilla, con los pies bien clavados o atados a un bloque de madera. Esto le permitía a la víctima empujarse con las piernas a fin de llevar aire al diafragma. Después de horas de agotamiento por tener los brazos extendidos llevando el peso de todo el cuerpo, esta era la única manera de respirar, a pesar de lo doloroso que era empujarse con los pies clavados. Juan 19.31–33 explica que las autoridades judías le pidieron a Pilato que quebrara las piernas de los tres crucificados para acelerar su muerte y que sus cuerpos pudieran ser bajados y no quedaran en las cruces durante el día de reposo de la Pascua. El quebrar las piernas haría que la víctima ya no pudiera respirar al empujarse con las piernas, y la muerte por lo general ocurría en cuestión de minutos. Las piernas de Jesús las hubieran quebrado también, sin embargo, los soldados le vieron ya muerto. Uno de ellos clavó una lanza en Su costado solamente para asegurarse.

LA HUMILLACIÓN Y LA VERGÜENZA

La crucifixión involucraba no solamente un dolor físico intenso, sino vergüenza y humillación. Los romanos sabían cómo obtener una completa valía propagandista del acto de la ejecución de criminales, por lo que casi siempre realizaban las crucifixiones en lugares muy públicos, por ejemplo, al lado de caminos muy transitados, dentro como fuera de las ciudades. No sabemos el lugar exacto de la crucifixión de Jesús, aunque se han sugerido varios.

El cargo por el que se estaba ejecutando a la persona se escribía en un cartel que era colocado sobre la cabeza del condenado, para que todos los que pasaban por el frente supieran lo que había propiciado la ejecución y evitaran hacerlo. Los tres evangelios sinópticos mencionan la inscripción sobre la cabeza de Jesús, que leía: «El Rey de los judíos». Juan 19.19–22 añade que estaba escrito en hebreo (probablemente hebreo arameo, el dialecto común de Palestina), en latín (el idioma oficial del Imperio Romano) y en griego (el idioma que se usaba habitualmente en todo el Mediterráneo). Sea que siempre se escribiera o no la inscripción en los tres idiomas, no lo sabemos. Pilato se aseguró de que todos pudieran leerla. Juan registró la objeción de los judíos y su intento para que Pilato volviera a redactar la inscripción para que dijera: «él dijo: Soy Rey de los judíos». Pilato vio la oportunidad de vengarse levemente de sus despreciados súbditos judíos por obligarle a ordenar una ejecución que

él no aprobaba. Simplemente les dijo: «Lo que he escrito, he escrito» (Juan 19.22). Por supuesto, los autores de los evangelios, naturalmente, vieron la inscripción como una confesión de la verdad sobre Jesús, esto es, que realmente Él era «El Rey de los judíos».

Debido a que la crucifixión era una forma tan humillante de morir, estaba reservada para los más bajos de los criminales y normalmente no se utilizaba para los ciudadanos romanos (aunque la historia sí registra pocas excepciones). Esto explica por qué el apóstol Pablo, un ciudadano romano, fue decapitado en lugar de ser crucificado.¹ Pedro, por el contrario, por ser solamente un galileo común, fue crucificado (ver la referencia un tanto enigmática acerca de la manera como murió Pedro en Juan 21.18, 19). La humillación de la crucifixión también nos ayuda a entender la burla que recibió Jesús antes y durante Su permanencia en la cruz. ¿Cómo podía alguien elegido por Dios ser puesto en tal situación, en especial, alguien que decía ser un rey? (Vea Mateo 27.27–44; Marcos 15.16–32; Lucas 23.32–38; Filipenses 2.8; Hebreos 12.2.)

La vergüenza de la crucifixión constituyó, según como lo dijo Pablo, una «piedra de tropiezo»² para algunas de las primeras personas que escucharon la historia de Jesús (1ª Corintios 1.23; Gálatas 5.11). Lo anterior podría parecer extraño para los que entonamos cánticos como «La cruz de Jesús» (conocida también como «En el monte Calvario») y «La cruz me guiará», sin embargo, es perfectamente comprensible. Desde el punto de vista pagano, no tenía sentido que alguien que era crucificado pudiera obtener alguna «victoria». Desde el punto de vista judío, la cruz misma descartaba el hecho de que Jesús posiblemente fuera el Mesías. Después de todo, Deuteronomio 21.23 pronunció una maldición sobre todo el que era colgado de un madero. (Vea Josué 8.29, donde ser colgado de un madero después de la muerte era un indicio de derrota y humillación absoluta.) ¡El Mesías de Dios definitivamente no podía ser una persona maldita! Ello planteaba algo así como un problema teológico para la iglesia primitiva al proclamar a un Mesías crucificado y resucitado. Pablo abordó el problema en Gálatas 3.13, 14, donde en efecto citó la maldición de Deuteronomio 21. Explicó que

¹ Eusebio *Historia eclesiástica* 2.25.5.

² Esta figura retórica proviene de la palabra griega σκάνδαλον (*skandalon*), que originalmente quería decir una trampa, luego significó la causa de una ofensa. La palabra castellana «escándalo» proviene de este término, y la expresión «el escándalo de la cruz» se basa en los comentarios de Pablo en 1ª Corintios 1.23 y Gálatas 5.11.

«Cristo nos redimió de la maldición de la ley [es decir, nuestra incapacidad para cumplirla; Gálatas 3.10–12], hecho por nosotros maldición». Pablo no negó la condenación que acompañaba la situación de Jesús, sin embargo, insistió en que Jesús estaba tomando nuestra «maldición» sobre sí mismo al someterse a la muerte por crucifixión.

EL SIGNIFICADO Y LA OFENSA

La defensa más elocuente de Pablo de la cruz se registra en 1^a Corintios 1.18–25, donde reconoció que «... la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios». Siguió diciendo que—pese a que los judíos pedían «señales» (es decir, una prueba absoluta de la identidad de Jesús) y los griegos buscaban «sabiduría» (probablemente un sistema filosófico que tuviera sentido para ellos)—él mismo seguía proclamando a «Cristo crucificado». Si bien la cruz podía no tener sentido para los incrédulos, decía Pablo, Dios ha provisto en ella otro camino para conocerle a Él y Su amor, esto es, el camino de la cruz. La cruz sigue siendo un obstáculo para muchas personas ahora, al igual que en el siglo primero. El mensaje del evangelio no apela a la razón ni al orgullo humano; preferimos no pensar en la realidad del pecado ni en la necesidad de

eliminarlo.

CONCLUSIÓN

Lo que sabemos de la manera en que murió Jesús es totalmente consecuente con la información que tenemos acerca de la crucifixión romana y la percepción que tenían de ella los pueblos antiguos, tanto judíos como gentiles. Ningún autor neotestamentario ahondó en los sangrientos detalles de la crucifixión o de la agonía de Jesús en la cruz. Su ejecución se describe con la más austera de las declaraciones, a saber: «Cuando le hubieron crucificado...» (Marcos 15.24; vea también Mateo 27.35; Lucas 23.33, Juan 19.18). Lo anterior es consecuente con la práctica de los autores más antiguos, que rara vez mencionaron los detalles de la crucifixión, aparentemente pensando que sería ofensivo mencionarlos. Los primeros lectores de los evangelios sabían muy bien cómo era una crucifixión, ya que las ejecuciones tuvieron lugar a la vista del público. Al mencionárseles la palabra «cruz», a sus mentes no venían las imágenes de un detalle arquitectónico en una casa de adoración ni una pieza de joyería, era, lisa y llanamente, un instrumento de muerte. Lo más importante para ellos era la Persona que murió y por qué lo hizo. ■

Autor: Tommy South

©Copyright 2008, 2010, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados